

le angustiaba era el pensamiento de si con la ausencia de Richards sufriría su hijo.

Gran pena tuvo, en efecto, su hijo, llorando, sin dormir en toda la noche. Y en verdad que el pobre Pablo tenía para llorar más motivo que otros muchos niños de su edad, pues acababa de perder su segunda madre, la primera, para él, pues no había conocido otra, — y de una manera tan imprevista como aquella que dió lugar á la aflicción en el comienzo de su vida. Su hermana también, que lloró amargamente en su lecho, perdió, con aquel golpe, una leal y buena amiga. Pero es cuestión enteramente inútil. No gastemos más palabras en ello.

CAPÍTULO VII

DEL DOMICILIO Y DE LOS AFECTOS DE MISS TOX :
EXAMEN Á VISTA DE PÁJARO

Miss Tox habitaba en una casa oscura y pequeña, edificada en remotos tiempos y que parecía perdida hoy en un barrio elegante del oeste, y como avergonzada de verse entre tantos otros edificios, parienta pobre de opulentas mansiones que llenaban la calle y contemplaban á su predecesora con la mayor indiferencia. No daba esta casa exactamente á la calle, ni tampoco daba exactamente á un patio : era un término medio, separada de la común rasante por una especie de pasaje, en el que repercutían los llamadores de las casas vecinas (1). El nombre de este lugar retirado era Plaza de la Princesa y en esta Plaza de la Princesa, está también la Capilla de la Princesa, en la cual, convocadas por la campana, se reunían algunas veces los domingos hasta veinticinco personas. Algo más allá se veía *Á las armas de la Princesa*, lugar donde pasaban lar-

(1) La costumbre inglesa es tener la puerta de la calle cerrada siempre : sólo se abre para dar paso á las personas que entran ó salen. En general, cada familia ocupa en Londres una casa entera. (N. del T.).

gos ratos los criados de aquel espléndido vecindario. Una silla de manos se encontraba detrás de la reja, delante del establecimiento, de donde, de memoria de hombre, no se había movido nunca, y en el buen tiempo, los barrotes de aquella verja (que eran en número de cuarenta y ocho : miss Tox los había contado muchas veces) solían aparecer adornados con jarros de cerveza puestos boca abajo en las puntas (1).

Además de la casa de miss Tox había en la Plaza otra casa particular, prescindiendo de un portalón inmenso, con dos cabezas de león por llamadores, que no se abría nunca y que se suponía haber sido alguna entrada desusada ya, á cocheras ó cuadras. Y en efecto, el olor de la Plaza era á establo y el gabinete de miss Tox daba, á espaldas de la casa, sobre unas cuadras, donde siempre, cualesquiera que fueran sus ocupaciones, andaban los palafreneros en efervescentes disputas. Además, allí se ofrecían á la contemplación de miss Tox y cual estandartes de Macbeth, las prendas más íntimas de la ropa interior de aquellos individuos, puestas á secar juntamente con las de sus mujeres y familia.

Aquella otra casa particular de la Plaza de la Prin-

(1) Permítasenos alguna otra indicación para la mayor inteligencia del relato. Plaza de la Princesa (Princess's Place) no se ha de entender que es una Plaza, como en nuestros países podría llamarse. *Place* es á veces calle; sitio de la calle, un poco más ancho, ó simplemente recuerdo de alguna explanada que allí hubo y después se ha convertido en calle. En el presente lugar, *Place* ya hemos dicho que es un espacio entre la casa vieja y la calle nueva. En cuanto á la verja del establecimiento *A las armas de la Princesa*, recuérdese que, entre la fachada de las casas y la acera, es costumbre inglesa reservar un espacio, comúnmente un foso, que se cierra con una verja. (N. del T.).

cesa, pertenecía á un mozo de comedor, retirado del servicio, casado con una criada, también retirada. Este matrimonio alquilaba unas habitaciones amuebladas á un caballero, un señor comandante, coloradote, de ojos saltones, en los cuales reconocía miss Tox, según sus propias palabra, « algo muy militar ». Entre ambos se había establecido una á modo de platónica alianza, sostenida por el cambio de periódicos y folletos pasados de uno á otro por un negro, criado del comandante, y al cual miss Tox calificaba simplemente de « indígena », sin detenerse á mayores determinaciones geográficas.

Acaso no se hayan visto nunca una puerta de calle más chica ni una escalera de subida á los pisos más estrecha que las existentes en casa de miss Tox. Tal vez, era, desde sus cimientos, la casa más incómoda de Inglaterra : lo que no impedía que miss Tox la considerase admirablemente situada. En el invierno, apenas se veía claro en aquella casa : en pleno buen tiempo, allí no daba el sol y en cuanto al aire, no hay que hablar. De tiendas, de movimiento comercial, tampoco. Sin embargo, miss Tox se hacía lenguas de aquella hermosa situación. Lo mismo pensaba el sonrosado comandante, de los ojos saltones; envaneciase de vivir en la Plaza de la Princesa : así, cuando estaba en su club, siempre que podía, hacía recaer la conversación sobre su domicilio, como estableciendo relación entre éste y el poderoso vecindario de la calle y con el único fin de poder decir « mis vecinos ».

La casa donde habitaba miss Tox era propiedad suya : se la había dejado en herencia el mismo propietario de aquella joya, ojo de pescado, engarzado, con que esta señora se alhajaba. De aquel mismo se-

ñor era miniatura, el retrato, que le representaba con peluca empolvada y trenza y que pendía de la pared frente á la chimenea, haciendo pareja con el agarrador que, colgado de un clavo, esperaba el momento de servir para coger la cafetera, por el mango, cuando se hallaba puesta á la lumbre. La mayor parte del mobiliario y del ajuar de aquella casa era de los tiempos de las pelucas con trenza, incluso el calentaplatos que vagaba, mustio, por el suelo del comedor, sobre sus cuatro patas, siempre estorbando el paso, é incluso, de igual modo, el clavicordio adornado con una guirnalda de guisantes de olor que, pintada en la caja, rodeaba el nombre del fabricante.

El comandante Bagstock había llegado á esa edad que en la literatura cortés se llama meridiano de la vida; en realidad había comenzado la bajada de la cuesta, iba encorvándose, sus grandes orejas se le despegaban, mientras sus ojos y su complexión toda se hallaban en el estado de agitación nerviosa que ya hemos indicado. Con tales ventajas personales tenía la seguridad el comandante de haber inspirado gran interés á miss Tox, cosa de que su vanidad se congratulaba, satisfecho de que aquella señora, que él imaginaba gran dama, hubiese puesto en él sus pensamientos. Muchas veces lo había dado á entender en el club, enlázandolo con las diferentes maneras de nombarse él mismo: decíase en momentos Jo. Bagstock, José Bagstock, J. Bagstock, Pepe Bagstock, pues ese cambio de nombres era su gran tema: verdadera manía de usar familiares bromas consigo mismo.

— José B., caballero — solía decir el comandante haciendo molinete con el bastón; — no tiene para empezar con doce como usted. Si tuviera usted un poco

más de sangre de Bagstock en las venas, no le sentaría á usted mal, señor mío. El viejo Pepe no tendría que ir lejos para encontrar mujer si se le antojaba casarse: solamente que no se le antoja; es duro de pecho, este Jo. Si, señor, este J. es más listo que un lince. — Y hechas estas declaraciones se ponía á tararear, mientras su rostro se enrojecía como la púrpura y sus ojos se agitaban como convulsionados.

Á pesar de los elogios con que liberalmente se favorecía á sí mismo, el comandante tenía un gran defecto: era egoísta. Con dificultad se hubiera encontrado una persona más enteramente egoísta, de mayor frescura, si se quiere: más bien que por el corazón se dejaba llevar por la vanidad: y así ni siquiera le cabía la duda de que pudiera desdeñarle alguien y mucho menos miss Tox.

Y la verdad era que miss Tox, según todas las apariencias le iba olvidando, lentamente, pero olvidándole. Empezó á olvidarle el día en que descubrió á la familia Toodle. Continuó olvidándole por la época del bautismo. Siguió habituándose al olvido y acumulando los intereses; algo ó alguien había dejado sin efecto aquella producción de interés.

— Buenos días, señora — dijo el comandante, encontrando á miss Tox en la Plaza de la Princesa unas cuantas semanas después de los sucesos que hemos expuesto en el capítulo precedente.

— Buenos días, caballero; — contestó miss Tox con frialdad.

— José Bagstock, señora — observó el comandante con su habitual galantería; — no ha tenido la dicha de saludar á usted en su ventana desde hace largo tiempo. José tiene un verdadero sentimiento, señora: su estrella va eclipsándose.

Miss Tox inclinó la cabeza, pero siempre con frialdad.

— ¿Acaso el luminar de José ha estado fuera? — inquirió el comandante.

— ¿Yo fuera? Oh, no; no he estado fuera; — repuso miss Tox. He estado muy ocupada últimamente. Tengo todo mi tiempo dado á unos íntimos amigos, No me queda un minuto que perder, ni aun ahora. Buenos días, caballero.

Y miss Tox con su aire más fascinador desapareció de la Princesa, dejando plantado al comandante que se quedó, más colorado que nunca, murmurando palabras en nada parecidas á cumplimientos.

— Lléveme el diablo; — decía el comandante lanzando fulminantes miradas con sus ojos de langostino y apostrofando á la fragante atmósfera de la Plaza; — hace seis meses esta mujer se complacía en encontrar á José Bagstock. ¿Qué quiere decir esto?

El comandante, después de meditar, se persuadió de que en todo aquello había una trampa: no había duda de que se trataba de una conspiración, de un lazo, de una encerrona que estaba preparando miss Tox contra él. Sí, pero el comandante decía:

— No me cogerá usted, señora. Es mucho Pepe éste, señora, éste se llama J. B., más listo que un lince.

Y con esta reflexión quedó satisfecho para el resto del día.

No obstante, el día se pasó y otros muchos se pasaron después sin que miss Tox pensara para nada en el comandante. En otro tiempo había tenido la costumbre de asomarse á una de sus sombrías ventanas, alguna que otra vez y como por casualidad contestando entonces, sonrojada, á los saludos del coman-

dante; pero ahora ya no proporcionaba á éste tales ocasiones y ni aun parecía enterarse de si miraba ó no desde enfrente. Otros cambios se habían verificado también. Protegido por la sombra, desde su habitación observó el comandante que en casa de miss Tox se habían efectuado recientemente transformaciones gratas. Una jaula dorada, nueva, daba ahora albergue al canarito viejo: variedad de coloreados objetos de cartón ó papel adornaban la chimenea y las mesas: en las ventanas lucían unos cuantos tiestos de flores: finalmente, miss Tox hacía ejercicios en el clavicordio, el clavicordio de la guirnalda de guisantes de olor más fastuoso que nunca, y cargado con un libro de música en que miss Tox había copiado el « vals del pájaro » y el « vals de Copenhague. »

Fuera de esto, había observado el comandante que miss Tox vestía con elegancia no común, traje de medio luto. Precisamente esta observación le dió la clave del misterio: quedó persuadido de que miss Tox había recibido alguna herencia y que esta herencia era causa de su altivez.

Un día nada más había transcurrido desde que el comandante tranquilizó su ánimo por medio de estas deducciones, cuando, hallándose á la mesa, almorzando, vió en el comedor de miss Tox una aparición sorprendente, increíble, que le dejó por largo espacio clavado en la silla. Luego, levantándose de pronto, fué en busca de unos gemelos de teatro y se puso á examinar la aparición durante algunos minutos.

— Señor mío, — dijo el comandante hablándose como siempre á sí mismo y guardando los gemelos en su estuche; — señor mío, es un niño. Apuesto un millón.

No comprendía una palabra el comandante : no comprendía y se puso á silbar mientras sus ojos se le saltaban de tal modo, que su estado anterior parecía haber sido apagado y cavernoso. Día tras día, dos, tres, cuatro veces, reapareció aquel niño en casa de miss Tox. El comandante continuaba silbando. Y se paseaba por la Plaza de la Princesa, pero con intenciones muy distintas á las que le habían guiado hasta entonces. Miss Tox ya no le hacía caso. Hubiera podido pasar de blanco á negro sin consecuencias en lo tocante á llamar la atención de aquella señorita.

Con gran perseverancia pasaba miss Tox por la Plaza de la Princesa, una vez, en busca de la nodriza y del niño, otras veces trayéndolos : subían entonces á su casa y allí miss Tox se dedicaba á constante guardia del niño. Con igual perseverancia cuidaba ella misma del pequeño, le acariciaba y para refrescar su joven sangre se ponía á tocar diversas piezas en el clavicordio : aquello era extraordinario. Por el mismo tiempo contrajo miss Tox la manía de contemplar cierto brazalete. Más tarde fué objeto de su apasionada contemplación, la luna, pasándose horas enteras, en su ventana, viéndola. Pero por mucho que mirase, brazalete, sol, luna ó estrellas, nunca dirigía la vista al comandante. Y, sin embargo, el comandante silbaba, se paseaba por su cuarto á grandes pasos y daba cuantas muestras podía de asombro sin acertar á explicarse cosa alguna.

— La verdad es, querida mía, que se está usted haciendo dueña del corazón de mi hermano Pablo, dijo un día Luisa á miss Tox.

Miss Tox palideció.

— Pablito se parece cada día más á su padre —
— añadió mistress Chick.

Miss Tox no contestó nada, pero tomó en brazos al niño y le abrazó con tanta fuerza que le arrugó su gorrito rizado.

— ¿ No se parece á su madre, — dijo al fin miss Tox ; — á la que se proponía usted presentarme ?

— De ningún modo ; — contestó Luisa.

— ¿ Era guapa, aquella señora ? — preguntó miss Tox.

— Precisamente guapa, no ; era interesante ; — repuso mistress Chick después de reflexionar un momento. — Era interesante ; pero carecía de aquella superioridad de aspecto que hubiera sido de desear en la mujer de mi hermano : no tenía ni la energía ni el vigor de ánimo que convenía en la esposa de un hombre semejante.

Miss Tox lanzó un profundo suspiro.

— Pero era agradable ; — continuó Luisa ; — extremadamente agradable. En cuanto á sus intenciones, ¡ oh, querida ! la pobre Fanny tenía muy buenas intenciones.

— ¡ Angelito ! — exclamó miss Tox, acariciando al niño ; — verdadero retrato de papá...

Si el comandante hubiera podido conocer cuántas esperanzas y venturas, qué multitud de planes y de especulaciones se agrupaban en torno de la cabeza de aquel niño ; si hubiera visto qué heterogéneas confusiones y discordias se agitaban en derredor del gorrito rizado de aquella criatura, se hubiese quedado espantado. En aquel montón de pasiones habría reconocido, sin duda, no ya una mota de ambición, sino una viga en los ojos de miss Tox ; con lo que se habría explicado la naturaleza del afecto que aquélla colocaba equivocadamente á interés en la razón social Dombey é hijo.

Si el niño mismo se hubiese despertado por la noche y hubiese visto recogidos entre las cortinas de la cuna, los reflejos de ensueños que por causa suya se formaban diferentes personas, habría temblado, y con razón; pero dormía siempre, inconsciente de las intenciones de miss Tox, de la sorpresa del comandante, de los prematuros pesares de su hermana, de las serias miras de su padre: su inocencia ignoraba que en un rincón de la tierra existían Dombey é hijo.

CAPÍTULO VIII

PROSIGUE EL DESARROLLO DE PABLO. — SU CARÁCTER

Bajo los atentos y vigilantes ojos del Tiempo — muy otros que los del comandante — iban cambiando gradualmente las noches de Pablo. Ya no eran tan oscuras: agitábanlas ensueños diferentes, y la acumulación de objetos é impresiones vinieron á animar su reposo. Así pasó de la infancia á la niñez convirtiéndose en un Dombey que hablaba, miraba y andaba.

Desde el malhadado destierro de la nodriza Richards, la administración del cuarto de los niños estaba en manos de una comisión: lo mismo que sucede en determinados centros políticos cuando no se halla un individuo bastante Atlas para sostener el peso de la gestión. Por supuesto: la comisión estaba formada por mistress Chick y miss Tox. Ambas desempeñaban su cometido con tanto ardor que el comandante Bagstock podía persuadirse cada vez más de su abandono y que mister Chick, privado de la superintendencia doméstica cayó en el torbellino del mundo, comía en los clubs y en los cafés, olió á tabaco en tres distintas ocasiones, iba á las diversiones solo, en una palabra, había roto (como mister